

NADIA NOOR
LA LEYENDA
DE
DOKIA



1

SARMIZEGETUSA REGIA, AÑO 101 D.C. LA TREGUA

—Los dacios no tienen escapatoria —declaró Nigrino, el jefe de la infantería romana, observando complacido el desarrollo de la batalla.

Desde los lomos de Rus, un espléndido rocín de lustroso color negro, largas piernas y cuello grácil, Marco Ulpio Traian asintió. Podía apreciar en el aire el sabor de la victoria. El sabor que más amaba en el mundo.

—No celebremos antes de tiempo. Si algo hemos aprendido durante los cinco meses de asedio es que los dacios tienen un insólito patriotismo. Lucharán hasta el final.

—Son grandiosos guerreros, cierto —admitió Nigrino—. No obstante, les triplicamos en número. Supongo que hasta el más optimista de los dacios se verá obligado a admitir que faltan opciones ante un ejército como el nuestro. Míralos, ¡jarrinconados en su propia fortaleza! Alégrate, Traian, has conseguido otra gran victoria.

—Las victorias no son mías, son de Roma. Y no las consigo yo, sino todos nosotros. En cualquier caso, prefiero ser prudente —insistió—. No hay que perder de vista las trampas colocadas en el camino y los ataques sorpresa que sufrimos en las zonas menos esperadas.

Nigrino contuvo su entusiasmo centrándose en la batalla. Traian tenía razón. Ante un enemigo tan férreo como Decebal, el rey de los dacios, no debían confiarse.

En ese instante, doce soldados romanos arrastraban las últimas toneladas de tierra por las rampas que protegían las torres de defensa de la capital dacia, Sarmizegetusa. La victoria romana estaba asegurada; era tan solo cuestión de tiempo que los altos muros de la fortaleza local cedieran ante el asedio. Unos palmos de tierra más atrás, la legión de caballería que encabezaba el grueso del Ejército romano esperaba impaciente. Un simple gesto de Traian hubiera puesto en marcha aquella marea humana, teñida de púrpura, pero contrario a lo esperado, el brazo del emperador se alzó implacable señalando un alto en el avance.

A continuación, dio un brinco a su caballo con la mirada puesta en la impresionante muralla que protegía Sarmizegetusa. Los muros esbeltos alcanzaban unos seis metros de altura, habían sido construidos con piedras resistentes del río Danubio, dispuestas con suma maestría en horizontal y vertical. Decenas de torres cuadradas de guijarro se alzaban soberbias sobre los bordes superiores de la muralla atravesando los nubarrones oscuros que cubrían los cielos de Dacia, presagiando el derrumbe del reinado de Decebal.

Un movimiento en lo alto de las torres de control llamó la atención del emperador romano. Agudizó la vista y observó incrédulo cómo una docena de soldados dacios preparaba un desesperado ataque con unos grandes pedruscos a modo de proyectiles. Traian levantó el brazo ordenando a sus hombres agruparse bajo

los escudos de madera para defenderse. Al instante, los trescientos legionarios que capitaneaban la Legión Segunda de Caspio encubrieron sus cuerpos con los paneles juntándolos por encima de sus cabezas hasta formar un inmenso caparazón.

Los proyectiles enviados por los dacios no tardaron en aparecer. Debido a que la distancia entre la muralla y la primera línea romana era considerable rodaron por los aires, impactaron contra el parapeto de escudos y terminaron volteando por el suelo. El caparazón romano apenas sufrió un leve bamboleo y los soldados recuperaron sus posiciones sin sufrir ningún rasguño.

La respuesta de los romanos fue instantánea.

—Arqueros en posición —rugió Traian—. A mi señal, ¡disparar!

En cuanto dio la orden, los experimentados arqueros, situados en los flancos laterales, dispararon una lluvia de flechas fulminantes hacia las torres de control, clavándolas en los cuerpos expuestos de los soldados locales que pusieron en práctica aquel último y desesperado ataque.

Los oscuros ojos del emperador se prepararon para contemplar la bandera blanca de la rendición, cuando fueron sorprendidos por una flama llamativa que provenía del interior de la fortaleza donde, al parecer, se declararon varios incendios en distintas partes de Sarmizegetusa.

—¡Por Júpiter! —exclamó, retrocediendo unos pasos, asombrado—. ¡Los dacios están prendiendo fuego a su propia capital! —El máximo comandante de la armada romana hizo una seña, pidiendo a Lucio Quieto, jefe de la caballería y gran consejero, acercarse.

—¿Cuál es tu recomendación? —le preguntó cuándo el caballo de Lucio se alineó junto al suyo—. No contamos con que iban a chamuscarse vivos. ¿Crees que es un farol?

—No sabría decirle —contestó Quieto con humildad—. Todo es posible. La soberbia es una seña característica de los dacios. Deben estar desesperados, pero no hasta el extremo de quemar una ciudad entera. Decebal es un rey astuto. En mi opinión lo que estamos viendo forma parte de un plan.

Traian frunció el ceño. En su carrera militar nunca se había enfrentado a una situación similar ni había asistido a un suicidio colectivo. Con seguridad Decebal trataba de enviarle algún mensaje. Pero ¿cuál?

La gran mayoría de los edificios locales estaban contruidos de madera, provistos de tejados del mismo material; si los dacios no sofocaban los incendios cuanto antes se arriesgaban a ser devorados por el fuego en un abrir y cerrar de ojos. Y Traian pretendía conquistar un reino prospero, no una ciudad en ruinas.

—Les ofreceremos una tregua —decidió, exigiendo a Lucio dar la orden de retirada. Al instante el brazo pesado del jefe de caballería se alzó y su voz barítona resonó por encima de las cabezas de los legionarios.

—¡Retirada! ¡Detener el avance!

El sonido estridente del cono de guerra secundó sus palabras y la armada romana se alejó de la muralla de la fortaleza. Del otro lado de la misma, las enormes lenguas de fuego comenzaron a descender, clara seña que ambos bandos habían pactado de forma silenciosa una tregua.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber Celsor, el jefe del Senado, en cuanto las tropas romanas se asentaron a pocas leguas de distancia de Sarmizegetusa—. En mi opinión, ha sido un error interrumpir el asalto. —Bajó la vista simulando una pose humilde y sumisa—. Estos bárbaros no son de fiar. No es que cuestione su decisión —se apresuró a añadir, dado que la mirada fría y molesta de su emperador le advirtió que se había excedido en sus valoraciones—. Solo pretendía hacerle llegar mis impresiones.

Traian rozó pensativo la empuñadura de su espada. A veces, sus silencios resultaban mucho más intimidatorios que si hubiera levantado la voz. Era de todos sabido que un Traian silencioso era un Traian temible.

—Esperaremos —repuso con simpleza.

Celsor levantó la mirada, confundido. Se encontraban a tan solo un paso de alzarse vencedores y recoger los frutos de su victoria. Llevaban desde principios de invierno con aquella expedición, pasando hambre y frío, durmiendo con los ojos abiertos por temor a una emboscada y, ahora, cuando tenían el enemigo arrinconado, ¿debían esperar? Obtuvieron una victoria tras otra en su incursión, la más sonada de todas había sido la de Tapae, donde el Ejército dacio se desplomó, lo que hizo más fácil el avance de los romanos hacia las puertas de la capital.

—¿Esperar el qué? —dijo voz a sus pensamientos aun cuando lo más sensato hubiera sido aguardar a que su emperador, por su propia voluntad, le explicase los entresijos de su plan.

—Amigo mío —le tranquilizó Traian—, estás cansado y preocupado por tus hombres. Entiendo que sea así. Llevamos muchos meses sin beber una buena jarra de vino tinto ni sentir bajo nuestros cuerpos la sedosa piel de una mujer.

El gesto inflexible de Celsor se fue relajando. De haber seguido con el asedio todo lo que su emperador exponía se habría convertido en realidad. Los bravos soldados romanos estarían disfrutando en ese mismo instante de un delicioso festín en la sala de trono del rey dacio, comiendo un buen venado aderezado con especias locales, bebiendo vino tinto y gozando de las atenciones de las muchachas dacias, que tenían fama de ser unas hembras indomables, muy apetitosas. Y cuando el hambre y la sed se hubieran apaciguado pasarían a acontecimientos más importantes como, por ejemplo, pesar el oro y la plata del tesoro de Decebal. Se

abstuvo de decir todo eso a su emperador, limitándose a mostrar su acuerdo incondicional.

—Así es, agosto.

—Dacia es nuestra, no cambiaremos nuestros planes, tan solo los retrasaremos... un día.

Traian admiraba el coraje y la feroz resistencia del rey local. Dos décadas atrás Decebal osó expandir sus dominios hasta rebasar sus límites territoriales forzando a Roma a pagarle un tributo anual. Una de sus cuentas pendientes, en calidad de máximo responsable de Roma, era de retornar los roles en ese asunto, exonerar al pueblo romano de la obligación de pagar el tributo y convertir Dacia en región subordinada a Roma. Estaba a un paso de lograr su propósito. Esas tierras le traerían considerables riquezas, comenzando por el tesoro del rey Decebal, estimado en varias toneladas de oro y plata. Aunque, primero debía derrotarlo y después rezar para encontrar el tesoro.

—Borra de tu rostro la desconfianza; te prometo que mañana al alba, la urbe de Sarmizegetusa nos abrirá sus puertas —afirmó confiado. Para dar más poderío a su discurso colocó su brazo derecho en el hombro del jefe del Senado romano—. Necesitaremos al pueblo dacio vivo y motivado, ¿de qué nos serviría una victoria hueca? Por ahora no moveremos ficha, esperaremos pacientes a que el mismo Decebal nos envíe su emisario para averiguar nuestras condiciones.

—No dudo de su sabiduría —apuntó Celsor con cautela. No le tenía un miedo mortal a su comandante, aunque tampoco le apetecía alentar su enfado—, pero ¿qué le induce a pensar que conoce la forma de actuar de ese pueblo? No se olvide que son unos simples bárbaros.

—Abre tu mente y mira más allá de lo que es obvio —le aconsejó Traian—. Si un rey posee la habilidad de contener el avance de un gran imperio sin necesidad de lanzas ni muertes, este rey

te aseguro que es cualquier cosa, menos bárbaro. Me interesa cooperar con los dacios, a la larga nos beneficiará. Primero, los avasallaremos. Después convertiremos sus tierras fértiles en una prospera provincia romana.

Una vez hubo calmado a Celsor, el emperador comunicó su decisión al resto de sus comandantes. Su victoria era innegable, tan solo faltaban concretar las condiciones de la rendición.

2

SARMIZEGETUSA REGIA EL TRATADO

Dokia, la única hija del rey Decebal, abandonó toda idea de dormir esa noche. ¿Cómo podría hacerlo con aquella marea escarlata tiñendo las puertas de Sarmizegetusa? Nada más escuchar el canto de los gallos se apresuró a levantarse y se acercó a la ventana. No la abrió, se limitó a echar una breve ojeada oculta tras la cortina. La luna flotaba en lo alto del cielo emitiendo una luz azulada sobre los tejados inclinados de las casas. Las calles desiertas imprimían un aspecto desolado a la ciudad como si fuese una fortaleza fantasma. Con la armada romana asentada a pocas leguas de la muralla, el futuro del pueblo era del todo incierto.

La princesa escuchó multitud de atrocidades sobre los romanos, desde violaciones a mujeres hasta sangrientas muertes dadas a los bravos dacios que trataron de detener el avance de las tropas romanas hacia la capital. El ejército de Traian llevaba cinco meses asediando las tierras locales cosechando una victoria tras otra hasta acampar delante de los muros de Sarmizegetusa.

La joven suspiró entristecida mientras se alejaba del ventanal. A continuación, abrió las puertas de madera de su ropero, indecisa ante el tipo de atuendo que debía ponerse. De lo normal, para esta tarea contaba con la ayuda de su doncella Magdalena, pero era demasiado pronto para despertarla. Tras inspeccionar algunos vestidos coloridos los apartó. Necesitaba algo sombrío, en total consonancia con su estado de ánimo. Sobre la base de esos pensamientos eligió un compuesto simple, en tono oscuro, de esos que vestía cuando asistía a un funeral. Sabía de antemano que se enfrentaría a uno de los días más negros de la historia de su pueblo. Se recogió su larga melena semejante al trigo soleado en una trenza que le llegaba hasta la cintura y domó unos cuantos mechones rebeldes sujetándolos con unas horquillas detrás de las orejas. Por último, calzó unos esarpines rasos, sin tacón ni otros aderezos, y encaminó sus pasos hacia la sala del trono. Precisaba conocer las últimas novedades.

Casi no había sirvientes por los largos pasillos del palacio. Los muros de piedra se alzaban ante ella envueltos en oscuridad; al parecer, las antorchas colocadas en las paredes llevaban tiempo apagadas. Ni un solo halo de luz se filtraba en el interior a causa de los grandes ventanales ocultos bajo las contraventanas de madera. Era comprensible que nadie se hubiera molestado en abrirlas.

La imponente puerta de bronce de la sala del trono se encontraba custodiada por dos soldados. Nada más percatarse de su presencia, estos bajaron las lanzas puntiagudas que sujetaban en las manos y se echaron a un lado para permitirle el paso. Dokia hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y se adentró en la sala.

En cuanto puso un pie en la estancia fue sorprendida por un ambiente lúgubre. Los ventanales de la sala del trono, al igual que de los pasillos, permanecían cerrados. Las pocas antorchas que todavía seguían encendidas estaban a punto de apagarse. La

muchacha avanzó por el extenso pasillo central, cubierto por una gruesa alfombra de piel de vacuno, hasta llegar a la zona del trono. La estampa que se desplegó ante sus ojos la estremeció sobremanera.

Su padre, el gran rey Decebal, daba la impresión de ser engullido por el majestuoso trono de piedra cincelada. De su presencia, antaño imponente, solo quedaba un cuerpo abatido. Su pelo largo y negro perdió vitalidad quedando convertido en una mata canosa. Debajo de los ojos lucía unos enormes círculos oscuros que le imprimían un aspecto envejecido. Al percatarse de la presencia de Dokia alzó la cabeza y una ligera sonrisa hizo acto de presencia en sus labios severos.

La reina Andrada ocupaba la silla colindante a su marido. Estaba profundamente dormida con la cabeza inclinada en el respaldo de su asiento y la corona caída de lado.

—Hija mía, ven, acércate —le pidió su padre, abriendo los brazos para recibirla. Dokia aceleró el paso y fue a sentarse en el reposabrazos del trono, gesto que hacía cuando no había nadie más en la estancia. Él la abrazó con afecto. Permanecieron un rato en silencio, presos de sus propios pensamientos.

—Padre, ¿qué será de nosotros? —preguntó con cautela acogéndole la mano grande y llena de asperezas entre las suyas—. El emperador Traian, ¿es tan terrible como nos cuentan?

—Nos ha dado una tregua —confesó el rey, mortificado—. Puede que no sea tan aterrador después de todo, aunque no debemos perder de vista quién es y a qué ha venido. Las vidas del pueblo dacio se encuentran en sus manos. Nos triplican en número, su armamento es superior al nuestro, seguir luchando sería un grave error. Soy un rey justo y sabio y, por el bien del pueblo dacio, debo pisotear mi orgullo y mis aspiraciones políticas y rendirme ante él.

—¿Ha enviado algún emisario? ¿Sabemos cuáles son sus peticiones? —se interesó la joven con el rostro ensombrecido.

—Por desgracia, no, no lo ha hecho. Es el ganador de la partida y lo sabe. —Decebal retiró su mano y dio un golpe en el reposabrazos del trono, irritado.

—¿Y qué sucederá ahora? —Dokia no daba crédito a que la situación fuese tan desastrosa. Su padre siempre tenía una solución para cualquier problema, era poco habitual verlo derrotado y sin un plan en marcha.

—Hace menos de una hora le envíe el legado de mi rendición, ahora debemos aguardar sus condiciones.

Dokia lanzó un prolongado suspiro que fue escuchado por su madre. Andrada abrió los ojos, sorprendida, en gesto reflejo, se atusó su melena. A continuación, se levantó de su asiento y se colocó con esmero la majestuosa corona de oro plagada de piedras preciosas sobre su cabeza.

—Dokia, estás aquí. —Su cara se iluminó al advertir la presencia de su hija. De pronto, sus elegantes facciones se tensaron—: Debes huir, ponerte a salvo cuanto antes.

Acto seguido se giró hacia su marido y, tras acogerle las manos entre las suyas, le suplicó:

—Por favor, Decebal, haz que se salve. Manda a nuestra hija lejos de aquí. De lo contrario quedará a merced de esos asesinos. Es bella, y allí fuera hay miles de hombres que ansían... —La simple idea de que su hija cayese en manos romanas llenó de lágrimas los ojos de la reina—. Te lo suplico, debemos cuidar de ella. Piénsalo, puede ser un botín muy codiciado.

—¡No! —se negó Dokia con rotundidad—. No pienso huir como una cobarde. Esta es mi casa y mi pueblo. Prefiero mil veces la muerte a ser una fugitiva.

La negativa de Dokia colmó de orgullo la mirada del rey. Aquella muchacha era su mayor tesoro, una mujer que valía tanto

o más que diez hombres. Era frágil, pero al mismo tiempo fuerte; obedecía, pero sin doblegarse ante las adversidades. Amaba su patria y a su gente, más allá de su propia vida.

—Dokia, cariño, tu madre está en lo cierto —aconsejó Decebal acariciándole la mejilla con ternura—. Eres joven y hermosa. Es difícil predecir el trato que recibiremos de los soldados de Roma en cuanto entren triunfantes por esta puerta. Dejaré de ser el rey y mi palabra...

—Padre, no siga —le pidió emocionada.

—Hemos ganado un día, estás a tiempo de huir atravesando el muro secreto excavado bajo las murallas de la ciudad que emerge hasta las orillas del río. Te acompañará Gregore, mi fiel guardia personal. Él conoce el camino, te llevará con tu abuela en las tierras del norte. Allí...

—Padre —le interrumpió Dokia con sus grandes ojos verdes como el agua del Danubio, fijos en él—. No malgaste sus fuerzas conmigo, no pienso huir. Por favor, no lo mencione más. Además, las decenas de guerreros dacios que están heridos necesitan mi ayuda. Como princesa de Dacia y curandera arrimaré el hombro y salvaré todas las vidas que pueda. No abandonaré a mi amada patria ni a mi pueblo. No temo a los romanos... y si alguno intenta faltarme el respeto, sabré cómo defenderme.

La reina Andrada se limpió las lágrimas que recorrían sus mejillas y asintió con un gesto, incapaz de hablar. El rey Decebal estampó un beso en la frente de su hija, dándole su aprobación para quedarse.

Un golpeteo en la puerta los hizo separarse. Dokia se puso de pie al lado del trono de su padre y este se aclaró la voz antes de dar permiso, con su voz tronadora de siempre.

Boieru Valahi, gran consejero de Decebal, hizo su aparición con una leve reverencia. Sus mejillas regordetas teñidas de

púrpura y su frente perlada de sudor delataban una importante agitación. Se apresuró a entregar al rey el rollo de papiros.

—Mi rey —gesticuló con cortesía señalando el pergamino que sujetaba entre los dedos—, el emperador de Roma le envía sus condiciones.

El soberano dacio arrancó el rollo de las manos de Valahi y lo abrió con celeridad. Tres pares de ojos sin pestañear estaban fijos en él, esperando conocer la suerte de Dacia.

Al cabo de un tiempo, Decebal dejó el papiro de lado y suspiró; parecía un pozo de cansancio en donde se podía apreciar la certidumbre de la derrota.

—¿Y bien? —quiso saber Andrada intrigada—. Dinos algo, no nos dejes en ascuas.

—Marco Ulpio Traian quiere convertir Dacia en provincia romana y a mí nombrarme vasallo de Roma.

—Eso ya lo imaginábamos. ¿Qué más? —preguntó la reina, ansiosa.

—Plantea dejar varias legiones románicas de forma definitiva en Dacia. Demanda matrimonios entre las muchachas locales y sus legionarios. Pretende crear una nueva civilización: dacio-románica.

Boieru Valahi elevó ambas manos hacia la bóveda anchurosa del techo implorando a Zamolxys, el Dios de la Tierra, clemencia.

—Estos asesinos nos matarán a todos; solo se salvarán las muchachas jóvenes que sirvan a sus soldados —concluyó Andrada con el rostro desencajado. Comenzó a airearse la cara con un soplillo confeccionado de finas láminas de madera—. ¿Han dicho algo más?

—Sí —respondió el rey con el semblante ensombrecido—. Mañana harán la entrada triunfal en la ciudad para firmar el tratado y tomar posesión de... sus cargos. Exigen un fastuoso

banquete en honor a los más de mil oficiales hambrientos que acompañarán al emperador.

—¡Cielos santos! —exclamó la reina asombrada con una mirada dubitativa en los ojos—. ¿Cómo vamos a preparar un almuerzo de esa envergadura de un día para otro?

—Sacrificaremos los animales que hagan falta..., ¿qué otra cosa podemos hacer?

—El convite es lo de menos —señaló Dokia con sorprendente entereza—. ¿Reclaman algo más, padre? ¿Se permite la salida de la ciudad?

—Los animales pueden pastar a las afueras de la fortaleza acompañados por mujeres y niños. Los hombres que osen salir serán asesinados. Sin excepciones.

—Bueno, al menos no dicen nada referente al asesinato la familia real —resumió Andrada con pragmatismo—. Porque no lo dicen, ¿verdad?

—No, mujer, no lo dicen —confesó el rey malhumorado—, pero eso no quiere decir que no lo vayan a hacer.

3

SARMIZEGETUSA REGIA LA FLOR DEL SOL

Dokia abandonó la estancia del trono un tanto pensativa. Se había mantenido serena ante sus padres para no preocuparles, pero una buena dosis de inquietud se apoderó de ella y multitud de preguntas la asaltaron.

¿Cuál sería el destino de su amada Dacia? ¿Acabaría el emperador romano con la familia real, incluida ella? ¿Debería huir para no terminar en las manos de Traian? No, prefería mil veces morir junto a los suyos, en su tierra natal a la que tanto adoraba. La joven princesa no imaginaba una vida lejos de los campos de cereales que se ondeaban con la brisa o de las profundas y tibias aguas del Danubio en las que tantas veces se había bañado.

Sumida en sus pensamientos, abandonó el edificio real y encaminó sus pasos hacia el templo de Zamolxys, santuario levantado en honor al dios de la tierra, protector de los dacios. De lo normal, en el templo reinaba el silencio, pero ese día sus puertas se abrieron de par en par para acoger a los dacios heridos en los

incendios de la tarde anterior. Su reciente conversión en centro médico lo transformó en un lugar bullicioso.

El médico personal del rey Decebal se movía con agilidad entre los cuerpos tendidos sobre varias alfombras de paja. Repartía órdenes a las cuatro ayudantes que ofrecían un aspecto desaliñado, visiblemente agotadas.

—Dokia, ¡qué bien que estás aquí! —se alegró al percatarse de la presencia de la princesa—. Como puedes ver, nos encontramos al borde del colapso. Necesito que me hagas un favor.

Dokia carecía de formación médica dado que este cometido estaba destinado única y exclusivamente a los hombres. A pesar de ello, era considerada una de las mejores curanderas del reino por entender de plantas medicinales y pociones sagradas. Aprendió los beneficios de los vegetales de su abuela materna, una condesa tracia, que en sus breves visitas a Sarmizegetusa, compartió parte de su sabiduría con su adorada nieta.

La muchacha se dobló las mangas del vestido dispuesta a ayudar. Se detuvo extrañada ante la negativa del médico.

—Dokia, aprecio tu deseo de aliviar a los enfermos, pero no es eso lo que necesito de ti. El consuelo que podemos ofrecerles a estas alturas es más bien escaso. La mayoría sufren quemaduras tan graves que solo queda cortarles la yugular para acortar su dolor.

Los ojos de Dokia se llenaron de lágrimas al observar los cuerpos chamuscados de los moribundos. De pronto, recordó los pétalos anaranjados de la flor del sol, un buen remedio contra las quemaduras. Además, aliviaba la sensación de escozor en la piel.

—La flor del sol podría ayudar —dijo en voz baja, absorta en sus reflexiones.

—Eso es, hija mía, justo lo que iba a pedirte. Trae algunos remedios de los tuyos para calmar las penas de esos pobres hombres. Se me parte al alma por los hijos de Dacia que se sa-